

De filosofía de la naturaleza «renovada» a filosofía de la naturaleza «repensada». Nota editorial

Fernando Miguel Pérez Herranz
Universidad de Alicante
Departamento de Humanidades Contemporáneas
Campus de Sant Vicent del Raspeig
Ap. 99. E-03080 Alicante
E-mail: perez.herranz@ua.es

«Alejandro a Aristóteles, felicidad». No has hecho bien en publicar las doctrinas acroamáticas; porque ¿en qué nos diferenciamos de los demás, si las ciencias en que nos has instruido han de ser comunes a todos? Pues yo más quiero sobresalir en los conocimientos útiles y honestos que en el poder. «Dios te guarde». Aristóteles, para acallar esta noble ambición, se defendió acerca de estas doctrinas diciendo que no debía tenerlas por divulgadas, aunque las había publicado, pues en realidad sus tratados de *Metafísica* no eran útiles para aprender e instruirse, por haberlo escrito desde luego para servir como de índice o recuerdo a los ya adoctrinados. Plutarco, *Vidas paralelas*. Alejandro, VII.

El Círculo de Filosofía de la Naturaleza (CFN), que surgió **a causa del** entusiasmo de Miguel Espinoza, ha dado un paso más en su andadura. En *l'École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, Miguel reunió a un grupo de personas interesadas tanto en resolver problemas científicos como en plantear cuestiones filosóficas. No es indiferente que el encuentro se haya realizado a la sombra del magnífico título de *simposio*, mentor de aquella institución que desde Platón se convirtiera en símbolo de la discusión filosófica, pero que es mucho más, si es cierto que las argumentaciones iban acompañadas de pruebas de carácter lúdico y del ejercicio de la amistad.

Después de Platón, sabios y amantes de saber se han ido citando bajo otras siglas, han inventado otras maneras de convivencia intelectual —Stoa, Jardín, Escuela, Universidad, Gabinete ilustrado...— para tratar de aprender a leer y a meditar, de entender «entre todos» —“Investigo junto con vosotros”, decía el Sócrates del

Gorgias— las armonías y las contradicciones del cosmos, los enigmas edípicos de la naturaleza humana, y, en definitiva, del saber vivir y morir. Esos saberes que algunos, como el Alejandro imaginado por Plutarco, querrían poseer sólo para sí, aun bajo el eufemismo de alcanzar conocimientos útiles y honestos antes que el poder. Aristóteles —el ahora irreconocible autor de la *Ética a Nicómaco*— responde que no hay que temer nada de los muchos, puesto que esos libros están dirigidos exclusivamente a avisados y son indescifrables para el hombre del común.

El triunfo del Alejandro plutarquiano ha tenido gran éxito entre científicos y filósofos científicistas, quienes a la pretensión de considerar la ciencia como el único saber relevante suman la función de administradora universal del saber. Para explicar un fenómeno, entonces, es suficiente su **cuantificación**, según el refrán de Rutherford: *Qualitative is nothing but poor quantitative*, aunque no se entienda el sentido del fenómeno.

Frente a esta posición intelectualista radical, se alzó su opuesta, el sociologismo no menos extremo, y que tampoco nos hace demasiado felices. En la tradición de Wilhelm Dilthey, se considera que toda producción humana hay que encuadrarla en una *Weltanschauung*, en una *concepción del mundo*, un término que luego vulgarizaría Thomas Khun con su (pseudo) concepto de *paradigma*, que vale «tanto para un roto como para un descosido», como dicen los castizos. La ciencia es reducida de este modo a una *construcción social* que, cuando se desliza hacia el determinismo o hacia el decisionismo político, afirma que todo es socializable y educacional, resultado de la voluntad de poder; que se puede partir de la nada, de lo humano *tamquam tabula rasa*, con no menos dogmatismo que el que el científicista utiliza para reducir la psicología, la sociedad o la historia a «hechos fisicalistas».

Desde luego que estas dos posiciones límite —cientificismo y sociologismo, herederos de la tradición escotista y ockamista— son compatibles con diferentes ontologías y éticas. No es necesario que sean, por ejemplo, deterministas o indeterministas (Fig. 1), socialistas o individualistas, etc.

Ontología \ Reduccionismo	DETERMINISMO	INDETERMINISMO
TODO CIENCIA	Laplace	Peirce, W. James... Interpretación de Copenhague
TODO SOCIEDAD	Conductismo	Constructivismo social

Fig. 1. Compatibilidad reduccionismo / ontologías

Ahora bien, y ateniéndonos al estricto terreno epistemológico, y sin entrar en otras series de oposiciones, como la de Naturaleza/Ley/Artificio, la aceptación por parte de la mayoría de las instituciones educativas de alguna de estas posiciones extremas — la reducción de todo conocimiento a ciencia y la reducción de todo conocimiento a sociedad (o historia o cultura)— ha tenido como resultado la destrucción del concepto de **Naturaleza**, convertido en poco más que un mito medieval romántico o una Idea trascendente, que ya sólo sería defendido por amantes de la vida asilvestrada o nostálgicos del aristotelismo oscurantista que explica la *adormidera* por sus propiedades *dormitivas*.

Pero negar la Naturaleza o convertirla en «tema para ingenuos» no va más allá de la arrogancia (*hybris*) de los tecnócratas, sean éstos mecánicos o sociales. La Naturaleza es un concepto como otro cualquiera, que necesita estar bien conceptualizado y reglado. De ahí el proyecto de esta **renovación** de la Filosofía de la Naturaleza, o mejor, como propone Miguel Espinoza en su texto de este mismo número de *EIKASÍA*, **repensarla**. Por una parte, entrando sin complejos en el terreno que los científicistas pretenden reivindicar por derecho propio apelando a algún principio de claridad y distinción, de economía o experimentación. Ahora bien, si teorizar significa, como dice Luciano Boi, buscar imágenes o modelos que permitan establecer lugares fundamentales entre los objetos y los fenómenos que a primera vista se encuentran muy alejados, la estrategia de investigación ha de tomar perspectivas diferentes. La Filosofía de la Naturaleza tendrá, entre otros objetivos, los de investigar las relaciones entre el lenguaje natural y los lenguajes artificiales, indagar los enigmas de la materia, debatir la inteligibilidad de los fenómenos, o explorar las relaciones entre materia y forma en todos los dominios posibles. Uno de las exploraciones más interesantes de la Filosofía de la Naturaleza contemporánea tiene que ver con el tratamiento que hace de la

geometría y de la topología, ciencias específicas, pero de vocación universal, y que permite replantear el viejo programa de Aristóteles de alcanzar la unidad analógica de múltiples saberes específicamente diversos. Así, los fenómenos físicos y las formas naturales pueden comprenderse en términos de despliegues de nudos geométrico-topológicos, lo que obliga a la Filosofía de la Naturaleza a ocuparse del estudio de los espacios (*El espacio euclidiano, el espacio – tiempo de la relatividad, el espacio bioquímico de la célula, el espacio de los operadores de la mecánica cuántica*) y de las geometrías que definen esos espacios, un programa que si bien tiene como contenido la geometría, se abre más allá de los teoremas específicos que definen su campo. Valga esta nota como ejemplo de que la Filosofía de la Naturaleza no puede identificarse sin más con la especulación, las hipótesis gratuitas o el esoterismo.

Por otra parte, la Filosofía de la Naturaleza entra sin temor en el terreno que los sociologicistas pretenden reivindicar como suyo por derecho propio apelando a algún principio antrópico que considera la tierra como el centro ontológico del universo entero, o a algún principio sociotrópico, que considera la urbe (real o virtual) como el centro ontológico de la vida social. Ahora bien, a estas alturas de la historia occidental, cuando la degradación del planeta Tierra —clima, falta de agua y alimentos, sobra de productos superfluos... —está provocada en gran medida por los procesos productivos de la revolución industrial, considerar y defender que el mundo de los valores y de las ideologías es ajeno a las ciencias, no puede dejarnos más que perplejos. Pues las ciencias, como la propia sociedad, inciden en la Naturaleza, que es ella misma consecuencia de las múltiples y complejas relaciones entre las materias y las formas del universo. Porque hay formas (rutas, urbanizaciones...) y materias (productos químicos, plásticos...) creadas por los seres humanos que interfieren en las formas y materias de la Naturaleza dadas de partida: procedentes de la geología, de la evolución, de la prehistórica... La Naturaleza no está al margen de la actividad humana: ¡cómo habría de estarlo! Cuando la ciencia de nuestro presente, que está íntimamente vinculada a la técnica (lo que hemos llamado la Idea filosófica de TecnoCiencia) y, por consiguiente, **a la supervivencia de grandes masas humanas del planeta**, no puede quedar reducida a un mero pasatiempo de profesores entretenidos en buscar ingeniosos formalismos cada vez más sofisticados y alejados de las necesidades de los hombres.

Una filosofía de la ciencia academicista y formalista en el sentido que Ortega daba al escolasticismo —“degradación de un saber en mera terminología” (*Obras completas*, VII, 48)— no puede interesar a nadie sensato, excepto a quienes se mueven en los territorios burocráticos o en los puros intereses curriculares administrativos. Reducir la filosofía a una gramática, por rigurosa que ésta sea, es renunciar a las cuestiones más decisivas, precisamente aquellas que el positivismo considera falsas o metafísicas. Lo que está en juego es la inteligibilidad del mundo y la responsabilidad del filósofo por aquello que afecta a todos los hombres y no sólo a unos pocos privilegiados. Por eso estos nuevos Alejandros requieren de la caricatura plutarquiana de Aristóteles: un filósofo al servicio del privilegio.

Todo ello nos conduce a la necesidad de abrir un cuerpo del saber alrededor de la Filosofía de la Naturaleza Repensada (FNr), que también es repensar al Aristóteles científico preocupado a la vez por el bien y la felicidad de los ciudadanos de las polis. Y por recurrir a alguna referencia clásica, que el (neo)neo-positivista considerará tan impertinente como mencionar a Goethe o a Hegel, recordaré a Hans Jonas y a Theodor Adorno. El primero, formuló este imperativo categórico: «Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra». El segundo, autor de *Dialéctica negativa*, defiende una posición conjugada entre los conceptos de Historia y de Naturaleza: los objetos naturales no lo son verdaderamente en tanto son producidos históricamente por sujetos humanos; pero la historia tampoco es histórica a causa de la ciega destrucción de la naturaleza, incluidos los cuerpos humanos, que habían caracterizado su curso.

Naturaleza e historia, como momentos, no desaparecen uno en el otro, sino que surgen simultáneamente uno del otro y se atraviesan mutuamente de tal modo que aquello que es natural emerge como signo de la historia, y la historia, cuanto es más histórica, aparece como un signo de la naturaleza Adorno, *Gesammelte Schriften*, vol I, págs. 360-361.

El interés que tiene esta opinión de Adorno es directamente proporcional a la crítica que hace de uno de los conceptos fuertes de Heidegger: la *historidad* (*Geschichtlichkeit*) de la Naturaleza del Ser. La Filosofía de la Naturaleza postula un concepto que permite establecer niveles de organización diferentes, con espacios diferentes y con geometrías-

topologías diferentes, que puede así definir el concepto de *desconexión causal*. Los distintos niveles de organización se encuentran desconectados causalmente, porque, si no, no habría posibilidad de constituir diferentes ciencias; solo habría cabida para una Ciencia Unificada, que englobaría desde la cosmología a la psicología, y reduciría todas las formas de manifestación humana a conexiones atómicas y moleculares. Como el concepto de **causa** será debatido en el próximo simposio, pondré ahora simplemente un par de imágenes a manera de ejemplo para el concepto de **desconexión**.

La más próxima, la desconexión de las causas físicas y las causas económicas que se ha producido hace unas fechas en Islandia: la irrupción del volcán *Eyjafjallajökull* ha provocado un conflicto en la economía de muchas familias o empresas alrededor de los viajes de negocios, de los deportes, o del turismo que, por cierto, es, a su vez, otro ejemplo nítido de conexión entre Naturaleza y Sociedad: los turistas que van «en busca de la Naturaleza», y a cuya demanda responden los promotores turísticos construyendo supermercados, restaurantes, discotecas...

Otra más lejana, la desconexión entre Naturaleza e Historia, que se produjo a raíz del terremoto que tuvo lugar el 2 de marzo de 1354 en la ciudad portuaria bizantina de Gallípoli, en el Quersoneso; este suceso geológico influyó en los cambios de la historia de Europa en una cierta medida. En aquel momento se encontraban en guerra civil el emperador Juan VI Cantacuzeno y la familia de los Paleólogos, y los turcos, que habían ayudado al emperador, aprovecharon esa singular circunstancia para ocupar la ciudad — abandonada por sus habitantes—, edificar muros y reunir un arsenal a gran velocidad. Y así convirtieron Gallípoli en el núcleo de su posterior expansión —Kosovo (1389), Salónica (1430), Constantinopla (1453)...— El terremoto se había conjugado con la islamización de la vida urbana de aquella región.

Para terminar, quiero reiterar mi agradecimiento a la revista *EIKASÍA* y a Román García, su director, por el esfuerzo y el trabajo que realiza a través de esta nueva herramienta tecnológica que es Internet, y que nos permite ampliar el simposio realizado a la reducida escala de unos cuerpos humanos reunidos alrededor de una mesa, un proyector y la palabra, a una amplia escala comunitaria reunida a través de este

medio digital que conecta a través de la pantalla de un ordenador a miles de personas de todo el mundo y, especialmente, del mundo hispano, ibero y latinoamericano, un mundo con el que nos sentimos particular y entrañablemente vinculados como hemos señalado en otras ocasiones. Quiero agradecer también la participación de todos los autores que colaboran en este número, por su esfuerzo y su generosidad. Nuestro más ferviente deseo es que la comunidad reunida a través de la revista *EIKASÍA* disfrute con las reflexiones que se presentan en forma de artículos. Y muchas gracias también a todos aquellos que visitan estas páginas.